

sallador y vigoroso; que, por sí sola, acomete las más arriesgadas y costosas empresas de exploración á desconocidas y lejanas tierras; que, uniendo la acción á la propaganda de la idea, organiza expediciones cual si fuera un Estado independiente del país en que desarrolla sus actividades, y logra ver á su valeroso representante Stanley, geógrafo, viajero y explorador, retratado en compañía del Rey de Bélgica y del Príncipe de Bismarck, en esa galería de monarcas que se llama el Almanaque de Gotha.

Esa representación genuina de la prensa moderna, ese cronista de la expedición á Panamá, es el autor del presente libro; D. Francisco Peris Mencheta.

III.

Corría el año de 1874.

Ardía en España—¡otra vez!—la guerra civil.

Habíase dado á conocer Mencheta como periodista de ideas avanzadas; era un obrero de la materia, que cultivaba á la vez la inteligencia, y que predicaba ideas sanas enfrente del aluvión pernicioso que desbordó la Internacional.

La lucha entre liberales y carlistas en el Centro era cruda; grande la ansiedad por conocer los movimientos y los éxitos del ejército, y un periódico muy acreditado de Valencia, quizás de los mejores y mas serios de España, *Las Provincias*, buscó un corresponsal que le comunicara noticias exactas de lo que se llama *teatro de la guerra*, y halló este corresponsal en D. Francisco Peris Mencheta.

Caballero en el jamelgo que pudo proporcionarse,

fiado en su buena estrella y en su valor personal, á campaña salió, rodeado de circunstancias bien desfavorables. Pero muy pronto se conquistó amistades y simpatías en el ejército; bien pronto fué camarada de todos, y desde el general en jefe hasta el último soldado estimaron á aquel *paisano*, que, siempre en las guerrillas; cambiando muchas veces el lápiz por la carabina; penetrando en Cantavieja por una brecha; entrando el primero en *el Collado* por una tronera, y llegando á Castell-Ciudad vadeando el Balira, fué poderoso auxiliar de las operaciones y cronista imparcial de los sucesos.

Desde aquella campaña, difícil y peligrosa, en que se reveló el carácter activo é infatigable de Mencheta, y en que dió pruebas de su valor y de su arrojo, fué el testigo obligado de todos los sucesos notables que á España interesaban.

El ojo experimentado del periodista insigne don Teodoro Llorente habia descubierto ese verdadero hallazgo; la inteligencia superior de D. Manuel M.^a de Santa Ana supo utilizar para su CORRESPONDENCIA aquella perla de engaste.

Y así se vió á Mencheta trepar por las montañas del Norte describiendo la marcha triunfal de los ejércitos liberales; y se le vió navegar en la Escuadra Real, acompañando al malogrado Monarca, cuya vida, breve como la felicidad, dejó una huella de bienandanzas en el pais; y se le vió atravesar los campos de maniobras de los ejércitos alemanes en Homburgo, burlando la absoluta prohibición del Emperador, y teniendo que habérselas con extranjeros cu-

ya lengua no entendia, y en un pais extraño y, para él, desconocido. No ha habido acontecimiento triste ni alegre en nuestro pais y aún fuera de él que no nos lo haya referido con minuciosos detalles. Acompañó al animoso y arrojado Rey D. Alfonso en todas sus expediciones, yá á las regiones más importantes de nuestra nación en dias bonancibles preñados de esperanzas, yá para llevar auxilios y consuelos á los murcianos á través de las cenagosas aguas que en turbulentas ondas habian esparcido por las, antes rientes, campiñas de Murcia, la desolación y el espanto; yá recorriendo Andalucía cuando los estremecimientos terrestres reducian á escombros pueblos enteros y abrian simas que tragaban su riqueza; yá visitando Aranjuez cuando el cólera causaba horribles estragos y el solo pensamiento de ir el Rey se consideró como una temeridad, y su acción memorable y generosa se juzgó como una prueba de peligroso heroísmo. Porque Mencheta era el cronista obligado, el agregado necesario á la comitiva del malogrado Monarca, el cual, no creia completo viaje alguno si no llevaba tan diligente corresponsal.

Por eso se le ha visto cumplir su árdua misión lo mismo bajo el mortífero fuego de las balas enemigas, que en los dorados salones del cortesano alcázar; yá describiendo suntuosas fiestas, yá relatando, con el alma acongojada, las tristísimas escenas no há mucho ocurridas en las desnudas y frias habitaciones del palacio del Pardo, donde batió sus negras alas el cuervo agorero de tremenda é irreparable desgracia.

Y cual si no bastaran á satisfacer sus briosos alien-tos la propia patria y la vieja Europa, sin pensarlo y casi sin saberlo, se encuentra en medio del Atlántico, y busca un *más allá* que apenas si halla límite en el mortífero clima de Panamá, cuando ya en el Nuevo Mundo, llega á mojar su incansable pluma en las aguas espumosas del Océano Pacífico.

Su crónica le retrata, y él retrata la época.

No busqueis en su libro profundidades, concepciones, doctrinas, teorías, filigranas, grandes síntesis, nada de todo eso que necesita estudio, meditación, preparación, consulta, tiempo, en fin; no. Ni ese es su objeto, ni esa es su misión.

La crónica del día, lo que impresiona los sentidos, lo que se vé, lo que se toca, lo que se siente, y esto al vuelo, con rapidez, con velocidad; un rasgo, una pincelada; cartas-telegráficas; bocetos al carbón; flores de un día; fugaces y volubles mariposas; fotografías instantáneas; paisajes al minuto; esa es la única descripción posible para el corresponsal diario, esa es la ingrata tarea del *reporter*, usando ya este sustantivo inglés, equivalente á *narrador*, que ha tomado carta de naturaleza entre nosotros.

Y esa tarea, y no es poca, ha desempeñado hábilmente el Sr. Mencheta durante la expedición al Nuevo Mundo, y hay que convenir en que es labor que há menester muy especiales condiciones para realizarse bien.

Porque ese narrador ha de buscar todo lo narrable, y ha de estar en todas partes y ha de saberlo todo, y cuando ha logrado, á costa de afanes y de



trabajo, penetrar hasta en los sitios más inaccesibles, y fatigado y jadeante llega á su cuarto, ó baja mareado á su litera, ó busca presuroso la mesa de un café, ó se sienta en el tren, en vez de descansar y de entregarse á un reposo tan bien ganado, entonces comienza la tarea de sus narraciones, y vá vertiendo en las borrosas cuartillas cuanto sus sentidos pudieron abarcar, cuanto su memoria pudo recoger, cuanto su entendimiento pudo concebir, cuanto su imaginación pudo crear, y todo ello rápido, veloz, sin tiempo de coordinar ideas, ni de enlazar pensamientos, ni de fundirlos en el crisol del juicio, para hacerlos cristalizar en las formas ordenadas de un estudio lógico ó geométrico.

Y es preciso escribir de todo lo creado, y hasta de lo increado; y ocuparse de artes y de ciencias, y de agricultura y de religión; y de industrias y de poesía; y de navegación y de sociología; y de los grandes problemas y de los nimios detalles; y de crímenes horrendos y de bienaventuranzas terrenales, y así, cambiando á cada instante los objetos, y las decoraciones, y los personajes y los argumentos, se mantiene una tensión tan fuerte y una violencia tan grande en el entendimiento, que suelen á las veces escaparse por los acerados gavilanes de la pluma, más bien gemidos de doloroso cansancio moral, que imágenes gráficas de aquello que se desea comunicar á los lectores.

De ahí que, al examinar el libro del Sr. Mencheta, el juicio recto é imparcial verá en él uno como *cuaderno de bitácora* de la expedición, lo calificará de

muy buen modelo en su género, y hará plena justicia á las excepcionales dotes de este tipo de los *reporters*, mezcla de las audacias yankées y de los ardimientos españoles, que bien pudiera llegar á ser el Enrique Stanley de España.

J. NAVARRO REVERTER.

28 Mayo de 1886.



and which were to be in all the
 of the colonies and to be
 made in the subject of the
 colonies and to be in the
 of the colonies and to be

1774



I.

Prefacio.-Origen del rasgo del Marqués de Campo.-Conducta del Gobierno.-Nombramiento de la Comisión.-Fines que se perseguían.-Instrucciones.

Es preciso dar un alma á esta nación, que parece que vive solo para el momento. Es preciso que obremos, no para nosotros solos, sino para una entidad moral, para los hijos de nuestros hijos, para los nietos de nuestros nietos, para la nacionalidad española.

CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Tal es el carácter que á nuestros ojos reviste la última laudable empresa, esencialmente española, que el señor Marqués de Campo ha llevado á feliz término con la expedición del *Magallanes*.

La comisión enviada á Panamá por este ilustre banquero, no es un accidente aislado de los que solicitan pasajeramente la pública atención; es un hecho de vital importancia, digno de que los contemporáneos lo admiren y la posteridad lo perpetúe en los fastos de nuestra historia.

La obra del Canal interoceánico de Panamá, que España concibió y estudió, que los capitales de Europa acometen, que el ingenio francés realiza y que en antiguas colonias de la patria se ejecuta, es un suceso verdaderamente cosmopolita, cuyo influjo no trasciende tan sólo á una nación determinada. Interesa por igual á todos los gobiernos, y está llamado á ejercer inmensas transformaciones en el curso de la navegación universal y en el porvenir de los países coloniales. Que á España interesa, más de cerca que á otra nación alguna, la apertura del istmo americano, no ya en el orden económico, sino en el orden político, es una verdad axiomática que está fuera de toda discusión. El Canal de Panamá abrevía y facilita prodigiosamente las comunicaciones con los puertos y los mercados florecientes de California, Méjico, Perú y los vastos territorios de la América Inglesa, brindando á nuestro comercio con un cámbio de productos que ha de iniciar, desarrollar y mantener corrientes de prosperidad entre los países sud-americanos y la antigua nación que fué su metrópoli; mas aparte de este fin económico, y por la generosa tendencia que hoy se advierte de dar á olvido supuestos agravios y confundirse nuestros hermanos de Oriente con los de Occidente en un interés común, España puede legítimamente aspirar á la realización de sus grandes destinos en aquellos pedazos de nuestra gloriosa nacionalidad, que recibieron á la luz del Evangelio la vida moral de la civilización de Castilla, y que hoy se estremecen de júbilo al saludar en sus puertos el pabellón español, símbolo común de la patria.

Esta es principalmente la alta significación que envuelve para nosotros la obra gigantesca de la unión del Atlántico con el Pacífico; y en este hermoso pensamiento se inspiró sin duda la feliz expedición que unos cuantos españoles hemos realizado á bordo del magnífico vapor que el relevante patriotismo de una gran figura contemporánea, el Marqués de Campo, destinó espontánea, noble y generosamente á la realiza-

ción de su inmortal empresa. ¡Sea, pues, toda la gloria para su ilustre iniciador! ¡Y pase á la posteridad el recuerdo de esta jornada, á fin de que el nombre del Marqués magnánimo y patriota sirva de ejemplo y de honroso estímulo en el porvenir!...

Y ahora, digamos dos palabras acerca del origen de la expedición española á las obras del Canal interoceánico en construcción.

El 24 del pasado Enero, la prensa de Madrid sorprendió á muchos con la noticia de que Mr. Ferdinand de Lesseps habia dirigido una carta al presidente de la Junta de Comercio de Marsella, en la que expresaba su resolución de embarcarse el 26 de Febrero con el fin de inaugurar en Panamá el período de ejecución de las obras del Canal marítimo. A este propósito, el señor de Lesseps habia pedido á las Juntas de Comercio de las principales plazas de Francia la designación de delegados que le acompañasen en su viaje. Francia habia accedido á estos deseos, y Alemania, Inglaterra, Holanda y Estados- Unidos de América designaron tambien sus representantes.

Entre nosotros hubo un periódico, *La Epoca*, que escribió con este motivo el siguiente significativo comentario:

«Sentimos profundamente que España no esté representada en acto tan solemne. Creemos que el gobierno de Su Majestad prestaría un verdadero servicio al país designando un delegado para que España no descuide la asistencia á la solemne cita en que el comercio universal se convoca.»

Realmente el hecho hubiera pasado inadvertido si no tuviéramos la fortuna de contar con un español, por tantos títulos ilustre, que desde el retiro de su gabinete de trabajo, y á través del batallar incesante de su fecunda vida de negocios, presta atención solícita y cuidadosa á todos los problemas que envuelven un pensamiento útil, progresivo, benéfico, en suma, para los grandes intereses de nuestro país.

Dos días despues se comentaba en todos los círculos un suelto publicado por *La Correspondencia de España*, noticiando que el Gobierno habia recibido una sentida comunicación del señor Marqués de Campo, merecedora de los elogios de la opinión y del aplauso de las clases navieras y comerciales del país. «El opulento banquero —añadía el citado periódico—cuyos arranques patrióticos son bien conocidos, ha tenido la feliz inspiración de subsanar el olvido en que se ha tenido á España al tratarse de convertir en hecho práctico el proyecto grandioso de la ejecución de las obras del Canal, que los españoles fueron los primeros en idear y concebir, y que se está realizando en territorios sembrados de recuerdos y gloriosas tradiciones nacionales.»

Y á este fin, el ilustre Marqués de Campo, condoliéndose de la falta de asistencia de España á la cita del comercio universal en Panamá, se habia propuesto—y así lo consignaba en su comunicación—fletar uno de sus mejores buques y enviar á su bordo representantes españoles, para que las clases navieras y comerciales tuvieran oportuno conocimiento del estado de los trabajos del Istmo y de la fecha precisa de su terminación.

Además, el citado señor Marqués llevaba su generosidad al punto de ofrecer al Gobierno sufragar todos los gastos que ocasionara el viaje de una Comisión oficial, compuesta de ingenieros, jefes de la Armada y un representante del Ministerio de Estado; poniendo el vapor *Magallanes* á su disposición «si el Consejo de Ministros consideraba honroso y conveniente para España que, en presencia de los delegados de Europa y América, patentizáramos en Panamá el interés que nos inspiran las grandes conquistas del progreso moderno.»

Este arranque espontáneo, oportuno y palpitante de amor nacional, produjo un eco entusiasta en el país. Casi toda la prensa reprodujo en sus columnas la levantada exposi-

ción del Marqués, estimando el pensamiento como un rasgo patriótico y un laurel más para la rama, ya frondosa, de su gloria.

Y mientras la prensa comentaba esta nueva manifestación del acendrado españolismo del gran naviero, y el Gobierno discurría en Consejo de Ministros si sería un acto de prudencia política la designación de representantes oficiales en la gran fiesta del trabajo que iba á celebrarse en Panamá, dando muestras de una vacilación que, en nuestro juicio, no se aviene con el común sentir y el entusiasmo público que en esta nación de héroes legendarios y empresas romancescas inspiran los proyectos que responden á los grandes ideales de la pátria, el Marqués de Campo ordenaba á Amberes la salida del *Magallanes* para Vigo, trazaba el itinerario del viaje á Panamá, prevenía á sus consignatarios en los puertos de escala y elegía los miembros que habian de formar la Comisión expedicionaria, que á los pocos dias quedaba constituida como sigue:

PRESIDENTE,

Excmo. Sr. D. Eliseo Sanchis, Brigadier de la Armada.

- » » Manuel Cano León, Comandante, Capitán de Ingenieros.
- » » Guillermo Brockmann, Ingeniero.
- » » Nemesio Vicente Sancho, Ingeniero de la Armada.
- » » Pedro Sanchez de Toca, Teniente de Navio.
- » » Mariano Dusmet, Capitán de Artillería.
- » » José Luis Retortillo, Abogado.
- » » Francisco Peris Mencheta, Cronista.
- » » Luis Vidal Teruel, Médico.
- » » Tomás Campuzano, Dibujante.
- » » Luis Hugelmann, Secretario.

El digno Ministro de Marina, Sr. Beranger, cuyos esfuerzos en pró de la regeneración de nuestro poderío naval le han

conquistado un nombre en nuestra época, no pudo menos de asociarse al acto patriótico del Marqués de Campo, designando á un distinguido ingeniero de la Armada como representante del Gobierno para que se uniera á la Comisión científica.

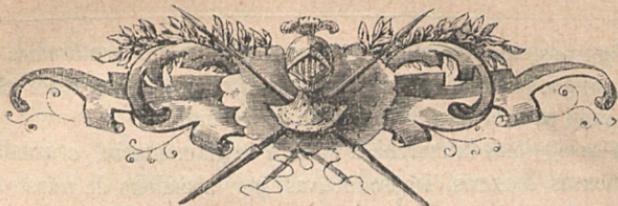
También el Sr. Moret, dignísimo Ministro de Estado, se propuso que un diplomático distinguido formase parte de la Comisión, y lo nombró sin tardanza; pero el funcionario á quien aludimos estuvo indeciso algun tiempo, y cuando contestó, declinando el honor que se le dispensaba, era ya tarde para sustituirlo.

Tal ha sido el origen de la expedición que, bajo los auspicios del Marqués de Campo, iba á realizar los votos de la opinión pública llevando á Panamá el recuerdo de la antigua patria, con la bandera española ondeando en los topos del *Magallanes*, y tales fueron los móviles desinteresados y laudables en que hubo de inspirarse aquel insigne patricio.

La Comisión no recibió más instrucciones del señor Marqués de Campo que las sintetizadas en estas patrióticas y hermosas frases con que nos saludó al despedirnos para América:

«¡Hay que dejar bien sentado el pabellón español! Mi caja está abierta para que así suceda. No reparen en gastos.»

Si el resultado ha correspondido á los propósitos del Marqués, podrán apreciarlo los que nos honren hojeando esta humilde crónica.



II.

De Madrid á Tuy.

La estación de las Delicias era el punto de cita para reunirse la Comisión expedicionaria, y á ella acudimos todos los individuos que la componíamos un cuarto de hora antes de la señalada para la partida. Los equipajes estaban facturados desde las primeras horas del día, y un coche-salón, enganchado casi á la cola del tren, prevenido para nuestro viaje. Las familias y los amigos íntimos nos dieron el abrazo de despedida, y el tren se puso en marcha á la hora señalada, á las nueve menos cinco minutos de la mañana del domingo 7 de Marzo.

Conversando amigablemente sobre puntos diversos relacionados con el viaje que emprendíamos, pasaron rápidas las horas y llegamos á la estación de Talavera, cuya fonda no se hará célebre por su actividad por complacer á los viajeros, como lo es la población que le dá nombre, por la famosa batalla en ella librada y por ser patria del historiador Mariana.

El fondista, con ademanes impropios de todo jefe de un establecimiento que ha de vivir del favor del público, pretendió

obligarnos, inútilmente por supuesto, á que nos sentáramos á su antojo, para dejar libre una mesa que proyectaba tener reservada para el tren descendente de Portugal.

Proseguimos la marcha á la hora reglamentaria, cruzando inmensas llanuras, improductivas por abandono de nuestros agricultores, hasta llegar á Arroyo, pueblo enclavado en la falda de un monte de encinas.

Pasó luego el tren por un magnífico puente de 75 metros de longitud por 32 de alto que atraviesa el rio Salor, y por la sierra de San Pedro, despoblada á pesar de sus fértiles valles, fuimos aproximándonos á la frontera lusitana.

Bien lo indicaba á nuestra vista el hermoso Castillo de Alburquerque, testigo y teatro de famosas hazañas de nuestros antepasados en defensa de la causa de la patria y de la religión.

Sigue después Valencia de Alcántara, plaza de armas y baluarte fortísimo, de recuerdos fraticidas y campo de empuñada guerra en los últimos años del siglo XVII y primeros del pasado.

Por fortuna, á los estruendos de la guerra siguieron las conquistas del trabajo, fecundas en bienes, y debido á ello los campos producen excelentes cosechas, y la riqueza agrícola vá en aumento progresivo, á cuyo feliz hecho contribuye poderosamente la via férrea que une á España con Portugal.

Al atravesar la frontera y llegar á Marvaón, pueblo de fundación árabe, el dignísimo jefe del Movimiento de la Compañía de ferro-carriles dispuso que fuera colocado nuestro cochecálón formando la cola del tren, á fin de que pudiéramos contemplar las hermosas campiñas y bellísimos paisajes que cruza la via.

Enterado el jefe de la fuerza de Carabineros del objetivo de nuestro viaje y de que íbamos con dirección á Vigo, dió paso franco á nuestros equipajes, sin producirnos la Aduana portuguesa la más insignificante molestia.

Aquellos de nuestros expedicionarios que no habian visto tierra portuguesa, lamentaban que la velocidad de la locomotora no les permitiese admirar á su placer la variedad y magnificencia de la *vegetación*, parecida en muchos puntos á la de la hermosa Galicia, y los soberbios puentes que atraviesan los más caudalosos rios de la *nación lusitana*. A nuestro juicio, son dignos de ser vistos con detenimiento el de Vianna Castello, puente tubular de 583 metros de longitud, sobre el que pasa una carretera de primer orden; los de Oporto, uno de los cuales mide 62 metros de altura y 162 de luz en un solo arco que cruza el rio, y fué ideado y construido por Eiffel, y el de Valenza do Minho, puente internacional de 400 metros de longitud, compuesto de cinco tramos.

Nos apeamos en la estación de Valenza do Minho, con el fin de trasbordar el rio y tomar el tren en la estación de Tuy.

Excelente carretera conduce de la estación al embarcadero, al cual llegamos sin perder momento, pero con desagradable sorpresa supimos que nuestra diligencia habia sido infructuosa.

—El tren ha partido, se nos dijo; tendrán Vds. que pernoctar en Tuy.

—Cómo es eso?

—Los más de los dias no enlazan los trenes; las rivalidades de las empresas y la indiferencia de nuestros gobernantes son causa del abuso.

—Cosas de España!

Hacia un año que estaba terminado el puente de hierro, y por falta de celo en los centros oficiales no se habia autorizado el paso de los trenes, con grata satisfacción de los contratistas de las barcas encargadas de efectuar los trasbordos. Este monopolio ha desaparecido algun tiempo despues de publicada en *La Correspondencia de España* una carta del autor de estas líneas, denunciando el escandaloso abuso que el hecho significaba. La locomotora pasa hoy el puente y los viajeros no sufren molestias ni retrasos.

El contraste que ofrece el camino del desembarcadero á Tuy y de la estación de este nombre á la ciudad con los que cuenta la frontera portuguesa, no puede ser más vergonzoso para España. Precisa que los Ministros de Fomento tiendan una mano generosa y compasiva á esta parte de la región gallega.

Llegamos á Tuy á mitad de la tarde del domingo de Carnaval, lo que no fué obstáculo para que los funcionarios de la Aduana procedieran con plausible actividad en el desempeño de sus funciones, diligencia que nos proporcionó el poder apreciar con gusto cómo degenera el Carnaval en todas las provincias de España, aún en aquellas en que la rutina y la tradición conservan con más vigor su pujanza.

Al encaminarnos hácia la fonda pasamos por las principales calles y por el paseo público, sin encontrar á nuestro paso ni una sola máscara. Vimos, sí, algunos seminaristas externos vistiendo el antiguo manteo y sombrero apuntado, galanteando á hermosas galleguitas, que animaban con su presencia aquel punto de reunión. Los seminaristas de Tuy son los únicos escolares de España que rinden culto á la tradición usando las mismas prendas que se llevaban á principio de siglo.

Tuy es una de las ciudades más antiguas de Galicia: se cree fué fundada por Diomedes con los restos de las ruinas de Troya. Pertenece á la provincia de Pontevedra y está situada en su parte meridional; la baña el Miño y la defiende el escarpado monte de San Julián, desde cuya cumbre se goza de un delicioso panorama de estensa y feráz vegetación.

Le pasa á Tuy con Vigo lo que á Santiago con Coruña, que son absorbidas por sus rivales. Tuy gozó de gran opulencia en tiempos de Witiza, que fundó en ella su córte siendo príncipe. Alfonso el Católico la libró de la dominación agarena en 742, aprovechando la discordia que reinaba entre los musulmanes. Doña Urraca de Castilla y su hermana doña Teresa se disputaron su posesión, que conquistó en distin-